

## CUARTO DOMINGO DESPUES

DE PASCUA.

*El evangelio de hoy, lo mismo que el del domingo precedente, está tomado del capítulo xvi de san Juan, donde el santo Evangelista refiere las notables palabras que el Salvador dirigió á sus discípulos, cuando en la última cena les anunció, que él estaba próximo á volver al cielo de donde habia venido, y que en llegando allá, les enviaria el Espíritu Santo. El que profunde un poco dichas palabras, notará que envuelven una especie de reprehension ó queja de Jesucristo contra sus discípulos, porque, habiéndoles él dicho que volvía al Padre que le habia enviado al mundo, ninguno de ellos le preguntó á dónde iba, como si esta fuese una cosa que nada les importase. Vado ad eum qui misit me, les dijo, et nemo ex vobis interrogat me: Quò vadis?*

*De este evangelio se pueden sacar dos asuntos morales tan bellos como provechosos: el uno sobre la indiferencia con que muchos cristianos miran la vida venidera, deduciéndolo de aquellas palabras: Nemo ex vobis interrogat me: Quò vadis? El otro sobre la conducta que suele guardar Dios en orden á sus gracias, basándolo sobre aquellas otras palabras: Adhuc multa habeo vobis dicere. Vamos á darlos enteros en la forma que nos parezca mas conveniente.*

## Indiferencia de los cristianos por la vida venidera.

Nemo ex vobis interrogat me:  
Quò vadis? (Joan. xvi, 5).

Como nos vamos acercando á la gran festividad de la Ascension de Jesucristo al cielo, la Iglesia, á fin de que nos dispongamos á celebrarla con fruto, nos recuerda hoy las memorables palabras con que el Salvador la anunció á sus discípulos en la noche que precedió á su bendita pasion. Muchas fueron las palabras edificantes y consoladoras que el buen Salvador dijo á sus amados discípulos en aquella por muchas razones santísima noche; pero las que mas hacen al intento son estas: «En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones, y yo voy á preparar una para cada uno de vosotros... Poco tiempo estaré ya en vuestra compañía, pues va á sonar la hora de volver al Padre que me envió al mundo.» *Vado ad eum qui misit me.*

¿Lo creeréis, cristianos? Como si se tratase de cosas de poca importancia, como si el separarse Jesucristo de los hombres, y el ir á prepararles un lugar en el cielo, no importase nada, todos los discípulos se mostraron indiferentes á este anuncio de Jesucristo, y á ninguno de ellos ocurrió preguntarle ni á dónde iba, ni dónde estaba el lugar que iba á prepararles, ni dónde residia aquel Padre que le habia enviado. No debió gustar mucho al Salvador esta indiferencia de sus discípulos, ya que los reprendió amorosamente por ella, diciéndoles: Os acabo de decir que voy á mi Padre, ¿y ninguno de vosotros se digna preguntarme: A dónde vas? *Vado ad eum qui misit me, et nemo ex vobis interrogat me: Quò vadis?*

¡Con cuánta mas razon, cristianos, se os pudiera hacer á



vosotros semejante reconvencion! Vosotros sabéis que Jesucristo ha subido al cielo, que allá os tiene preparado un lugar eminente y dichoso, que despues de esta vida infeliz y caduca os aguarda una vida feliz y eterna : y no obstante, ¡ah! y no obstante mirais con tal indiferencia y tédio aquella vida bienaventurada, que muchos la trocaríais por la actual, si Dios os aceptase la propuesta. ¡Ilusos! ¿qué hallais en la vida presente para amarla tanto? Yo no encuentro en ella sino cosas que debieran hacernos desear el salir de ella lo mas pronto que fuese posible. Por una parte la veo toda llena de trabajos y miserias, por otra considero que mientras ella dura estamos en peligro de perdernos, por otra sé que no podemos ver á Dios mientras ella continúe. ¿No son estos motivos suficientes para hacernos suspirar por la hora de pasar de esta vida mortal y miserable á otra vida eterna y dichosa? En mi concepto lo son, y creo lo serán tambien en el vuestro, luego que os hayais penetrado de las reflexiones que voy á hacer.

Nunca he sabido explicarme cómo los hombres, que por instinto natural aspiran á la felicidad, cobran tanto cariño á esta vida, que solo les proporciona aflicciones y amarguras; y miran con tanto horror la otra, que les ofrece gozos y satisfacciones inefables. Que quien disfruta de una posicion cómoda y placentera se resista á dejarla, lo comprendo fácilmente; pero que quien se halla en un estado infeliz y desdichado repugne á trocarlo por otro mejor, es misterio que no entiendo, por mas que lo discurro. Jamás se ha visto situacion mas triste y deplorable que la de los hijos de Israel mientras vivieron en Egipto: sospechosos al rey, perseguidos de los ministros, despreciados del pueblo, eran, puedo decirlo sin exageracion, las criaturas mas desgraciadas de la tierra.

Para ellos no habia justicia, porque si alguna vez la reclamaban, en vez de justicia, solo se les dispensaba insultos y desprecios: no habia compasion, porque, como si fuesen bestias nacidas en el lodo, se les condenaba á las obras públicas, sin otra paga que un pedazo de pan insípido y una lluvia de golpes y baldones: no habia humanidad, porque, como si el nacer fuese en ellos un delito, no bien habian nacido, cuando se los arrojaba á las aguas del Nilo, para que fuesen pasto de los cocodrilos. ¿Es posible concebir una situacion mas abyecta y desgraciada?

Pues bien: suponed ahora que cuando Moisés se presentó á aquel pueblo infeliz, y de parte de Dios le dijo, que el dia de su redencion habia llegado, que se dispusiesen para salir pronto de tanta miseria y opresion, y pasar á una tierra dichosa, donde vivirian en entera libertad; suponed, digo, que ellos, consternados con una tal noticia, le hubiesen respondido: Déjanos, Moisés, déjanos en nuestra esclavitud, que en ella encontramos toda nuestra satisfaccion y contento. ¿Por qué nos hablas de otra tierra mas dichosa que esta? ¿Acaso no nos hallamos bien en este mal trato que nos dan los egipcios? La libertad, la dicha, la bienandanza que nos ofreces, ¿por ventura son preferibles á la opresion y á los trabajos que aquí sufrimos? ¡Ah, Moisés! no nos obligues á pasar á esa tierra bienaventurada que nos has dicho; y ya que quieras precisarnos á ello, á lo menos difiere lo mas que sea posible.—Si los hijos de Israel hubiesen dado semejante respuesta al enviado de Dios, ¿qué pensaríais de ellos? ¿No pensaríais que los trabajos habian trastornado su juicio, en términos de no saber ya qué era lo que mas les convenia?

Pues este es vuestro caso, cristianos. Vosotros vivís en una tierra ingrata, que, segun se lo mandó Dios, no os produce ya mas que espinas y abrojos: *Spinæ et tribulus germinabit*



*tibi*<sup>1</sup> : vosotros llevais una vida infeliz, en la que, segun la frase de Salomon, todo es vanidad y afliccion de espíritu : *Universa vanitas, et afflictio spiritus*<sup>2</sup>. Ora os molestan las enfermedades, ora os inquietan los cuidados, ora os aquejan las calumnias, ora os combaten las pasiones. Por aquí émulos que os persiguen, por allá desgracias que os arruinan : hoy os asalta un mal, mañana otro mayor, el dia siguiente otro todavía mas grande. ¿Quién no diria que, cansados ya de habitar en esta tierra, solo fecunda en males y contratiempos, esperais con ansia llegue la hora de pasar al cielo, donde todo es dicha, contento y reposo? Y con todo, apenas se os anuncia, ¿qué digo? apenas asoma á lo léjos algun indicio de tener que partir de este mundo, cuando vuestro espíritu se conturba, y se os hiela el corazon; y ya que no podeis evitar la partida, la diferís lo mas que podeis, procurando siempre alguna dilacion y próroga.

¡Ah! cristianos, ¿qué es esto sino incurrir en aquella afrentosa calificacion que Dios hizo de Efraim, cuando por boca de Oseas le llamó paloma engañada, y privada de juicio? *Ephraim quasi columba seducta, non habens cor*<sup>3</sup>. La paloma cobra tal amor y cariño á la torre en que ha formado el nido, que por mas injurias que reciba en ella, nunca se resuelve á abandonarla. Matadle los compañeros, por esto no huye : robadle los hijos, por esto no se aleja : destruidle una y otra vez el nido, por esto no deja de hacer otro nuevo. ¿Cabe amor mas desatinado? Sí que cabe, y es el que muchos teneis á esta vida miserable. Apenas pasa dia que no experimenteis aquí algun contratiempo ó desastre : un dia se os disputa la hacienda, otro se os roba el honor, otro perdeis una persona amada : por manera que la mayor parte de la vida se os va en

<sup>1</sup> Gen. III, 18. — <sup>2</sup> Eccles. I, 14. — <sup>3</sup> Osee, VII, 11.

gemir y suspirar. Y con todo teneis tal apego á este mundo infeliz, que no podeis sufrir se os hable de dejarlo. ¿No es esto ser mas sencillos que la paloma?

Pero aun cuando la vida presente estuviese exenta de estos males, el solo pensar que mientras ella dure estaréis expuestos á ofender á Dios y condenaros, ¿no debería ser motivo suficiente para que deseáseis pasar cuanto antes á otra mas tranquila y segura, exclamando con san Pablo : *Quis me liberabit de corpore mortis hujus*<sup>1</sup>? ¿Qué sabeis vosotros si el vivir mucho será ocasion de que perdais el alma!... Del gran Pompeyo dicen los historiadores, que para ser el hombre mas ilustre de su tiempo no le faltó sino una sola cosa. ¿Sabeis cuál? Haber muerto diez años antes. Por el contrario, la mayor fortuna de Alejandro Magno fue ¿cuál diríais? Morir jóven. Con un poco mas que hubiese vivido, se tiene por cierto que hubiera manchado su hermosa historia, y perdido toda la gloria adquirida con una larga série de hazañas.

¡Oh, cuántos que, si hubiesen muerto algunos años antes, estarían en el cielo, se encuentran en el infierno por haber vivido algun tiempo mas! ¡Dichoso Salomon, si hubiese muerto en la juventud! ¡Dichoso Orígenes, si hubiese terminado su vida mas pronto! ¡Dichoso Tertuliano, si hubiese vivido menos! Probablemente su suerte hubiera sido muy otra de la que ahora es; porque el primero hubiera muerto antes que deshonrara su vejez con la idolatría y la impureza, el segundo antes que perdiera la gran santidad que le adornó todo el tiempo de su juventud, y el tercero antes que de ilustre defensor de la fe se convirtiese en hereje y en apóstata.

Ahora comprendo por qué dice la Escritura, que Dios se apresura á sacar de este mundo á ciertas almas que le son

<sup>1</sup> Rom. VII, 24.



muy agradables, y á quienes ama con particular predileccion: es porque conoce con su clara presciencia que, si las dejase aquí por mas tiempo, perderian la virtud, y se condenarian sin remedio. ¿Qué haríais vosotros, si previései que una fiera tempestad habia de venir á destrozár vuestros campos y jardines? Correríais á segar las flores, aunque no estuviesen en buena sazón; os apresuraríais á recoger los frutos, aunque no estuviesen del todo maduros; porque mas quisiérais poseerlos tales como son, que perderlos enteramente. Pues lo mismo hace Dios con ciertas almas á quienes profesa un especial cariño. Previendo para ellas grandes peligros y tentaciones, se da prisa á llevárselas: porque mas quiere tenerlas seguras en el cielo, aunque no hayan llegado á un grado de virtud eminente, que dejarlas en el mundo, expuestas á que se pervertan y se condenen: *Placita erat Deo anima illius*, dice el Sábio, *propter hoc properavit educere illum de medio iniquitatum*<sup>1</sup>. ¿Negaréis que esto sea para ellos un gran bien? Pues ¿por qué habeis de considerar como un mal el vivir poco, si esto puede ser causa de que os salveis? ¿Por qué habeis de mirar como un bien el vivir mucho, si esto puede ser motivo de que os condeneis?

Ningun militar prudente siente que se firme la paz, porque sabe que, mientras la guerra dura, tiene expuesta la vida: ningun navegante cuerdo tiene pena de llegar al puerto, porque sabe que, mientras dura la navegacion, está expuesto á un naufragio: á ningun viajero discreto le pesa verse restituido á su patria, porque sabe que, mientras dura el viaje, lleva expuestos sus tesoros. Advertid ahora, cristianos, que la vida presente es una guerra sangrienta, una navegacion arriesgada, un viaje peligrosísimo: guerra sangrienta, por-

<sup>1</sup> Sap. iv, 14.

que luchamos con enemigos astutos y valientes: navegacion arriesgada, porque atravesamos un mar lleno de escollos y abismos: viaje peligrosísimo, porque andamos por un camino infestado de asesinos y ladrones. ¿Y no desearemos que llegue el dia en que acaben pronto para nosotros esta guerra, esta navegacion, este viaje?

Aparte de esto, el saber que mientras vivamos en este mundo, no podrémos ver á Dios, ni gozar de las delicias inefables del paraíso, ¿no debe ser motivo para desear llegue presto la hora de salir de él? ¿Qué desatino es el nuestro! Dios nos espera en el cielo para mostrarnos su hermoso rostro, descubrirnos toda su gloria, y hacernos participantes de su misma felicidad; y nosotros, en vez de exclamar con David: *Quando veniam, et apparebo ante faciem Domini*? deseamos que el momento de conseguirlo se retarde lo mas que sea posible. ¿Qué prueba esto? Que tenemos pocos deseos de ver á Dios, y de consiguiente que es muy poco lo que le amamos. Mostrábase Moisés muy deseoso de ver la cara de su Señor, y por esto, teniendo un cierto dia ocasion de hablarle familiarmente, le dijo: Mostradme vuestro rostro: *Ostende mihi faciem tuam*<sup>1</sup>. Está bien, le respondió el Señor, voy á concederte lo que desees; pero con la condicion de que primero has de morir, pues tengo resuelto no dejarme ver de ningun hombre, mientras viva: *Non videbit me homo, et vivet*<sup>2</sup>. Aturdido el buen Moisés con semejante respuesta, calla, retira la solicitud, y no hace nueva instancia. ¿No os parece, cristianos, que con esto manifestó claramente que sus deseos de ver á Dios no eran tan vehementes como él suponía? Dios no le niega el dejarse ver, solo le dice que para ello es menester acepte la muerte, como condicion indispensable. ¿Qué habia de respon-

<sup>1</sup> Exod. xxxiii, 13. — <sup>2</sup> Ibid. 20.



der Moisés, si realmente estaba animado de un gran deseo de verle? Muy bien, Señor, debia decir, si para dejaros ver no pedís otra cosa que el que yo muera, desde luego convengo en ello, y acepto gustoso la condicion. Venga pronto la muerte á cerrarme los ojos, y apresúrese á rasgar el velo que os oculta á mi vista.

Así parece debiera haber contestado Moisés, y así hablaríamos nosotros, si, como seria justo,uviésemos un vivo deseo de ver á Dios. ¡Qué! Dios mio, diríamos, ¿es la vida el único obstáculo que me impide el venir á veros en el cielo? Pues venga pronto la muerte á cortarla. Que no se entretenga en desatar uno á uno los frágiles nudos que unen mi espíritu con el cuerpo. ¡Ah! que para esto necesitaria demasiado tiempo. Que los corte, que los rompa todos de una vez; que así la operacion será mas breve y sencilla. ¿Para qué gastar el tiempo en preámbulos? Caiga, caiga de un solo golpe este cuerpo mortal, y vuele mi alma á gozar de vuestra inefable hermosura.

¡Oh! padre, diréis, estos deseos heróicos puede concebirlos un Santo, no nosotros infelices pecadores, á quienes la muerte naturalmente inspira horror.—¿Horror os inspira la muerte? Pues si poneis en práctica los medios que voy á indicar, pronto desaparecerá este horror, si no del todo, en gran parte al menos. El primero es, tener la conciencia limpia. Si la teneis manchada con culpas graves, claro es que la muerte ha de haceros temor, porque la fe os dice que el paso de la muerte será para vosotros el salto formidable de vuestra alma al infierno. Pero si teneis la conciencia pura, ningun miedo debe haceros la muerte, porque la fe os asegura que la muerte será para vosotros el dichoso tránsito del destierro á la patria, de la tierra al cielo, del trabajo al eterno descanso.

El segundo medio para perder el temor á la muerte es, fa-

miliarizarse con ella, pensar en ella á menudo, tomarla por consejera en todos los negocios de la vida. ¿Sabeis qué quiero decir con esto? Que todas las veces que tengais que resolver algun asunto de consecuencia, os detengais un poco en reflexionar si á la hora de la muerte estaréis satisfechos de haberla concluido. Si, mirando la cosa con cuidado y sin pasion, conoceis que entonces no habeis de arrepentiros de haberla hecho, hacedla sin temor; si, al contrario, conoceis que os ha de pesar, guardaos de practicarla. Hijo, nos dice el Espíritu Santo, no hagas cosa importante sin consejo, y así nunca te arrepentirás de haberla hecho: *Fili, sine consilio nihil facias, et post factum non pœnitebis*<sup>1</sup>. Pero ¿cómo podremos tener siempre á la mano un consultor para tomar consejo? Buscándolo en la muerte. ¡Oh muerte, dice el Eclesiástico, cuán buenos son tus consejos y cuán sábias tus decisiones! No hay quien tenga mejor juicio que tú, ni quien dé consejos mas prudentes, mas justos ni mas santos: *O mors, quàm bonum est iudicium tuum*<sup>2</sup>! Siempre que los sigamos, no hay peligro de que seamos engañados, ni de que hayamos de arrepentirnos de lo hecho. De consiguiente, cristianos, haceos amigos de la muerte, tratando con ella todos vuestros asuntos; que á fuerza de tratarla iréis perdiendo el miedo ridículo que os causa, y aun puede ser que vuestro miedo se convierta en consuelo y satisfaccion.

El último medio es, tener en vida el modo de pensar que ordinariamente se tiene en la muerte. Apenas habrá entre vosotros quien no haya visto morir á alguna persona, quien no haya visto cerrar los ojos ó al padre, ó á la madre, ó al pariente, ó al amigo. Y bien, ¿habeis observado cuáles eran en aquella ocasion sus pensamientos? Eran muy diferentes de los

<sup>1</sup> Eccli. xxxii, 24. — <sup>2</sup> Ibid. xli, 3.